

# VIDA MILITAR

REVISTA TECNICA PROFESIONAL

PARA

SUBOFICIALES Y ASIMILADOS

SEGUNDA ÉPOCA

Director: D. MANUEL GOMEZ Y L. MARQUINA

Madrid

Agosto 1935

Administración: RONDA CONDE DUQUE, 9

APARTADO DE CORREOS 8.062

Año VII

Número 77

## ¡Honor a los héroes!

“E antico assioma, basato sulla natura del cuore umano, che i castighi é le recompense siano indispenabili ad ogni specie di governo: quelli mantengono l'ordine e l'obbedienza; queste servono di sprone alla virtud.” (1).

Don Roque Sánchez Javaloy me ha regalado, me ha dedicado cariñosamente, un ejemplar del magnifico libro que ha escrito en honor de su hijo, el laureado Teniente del Cuerpo de Inválidos, señor don Manuel Sánchez Vivancos. Dicho libro ha sido editado por suscripción popular abierta en el pueblo de Alhama de Murcia, donde el héroe viera la luz primera, y en el que Sánchez Vivancos ha encontrado los más puros sentimientos de amor fraternal y los más cálidos y entusiastas aplausos a su gran heroicidad, allá por tierras de moros, con motivo de la extraordinaria defensa que, como Jefe de la misma, hizo de la posición de Tikun, del macizo de Beni-Gorfet, cuando fué atacada y cercada por los rifeños el día 3 de octubre de 1924.

En las páginas 29 a 79 está el relato de cuantos incidentes ocurrieron dentro y en los alrededores del blocao, durante asedio tan porfiado (tres meses y medio) y defensa tan gloriosa. Vale la pena leer esas pá-

(1) “Es axioma antiguo, fundado en la naturaleza del corazón humano, que los castigos y las recompensas son indispensables a todo género de Gobierno: los primeros mantienen el orden y la obediencia; éstos sirven de estímulo a la virtud.” Michel: “Virtudes Militares”, cap. 1.º (tomado de “Mando y Obediencia”, de Muñiz y Terrones).

ginas. De otro modo nunca el profano podrá darse perfecta cuenta del esfuerzo gigantesco, de los enormes sufrimientos morales y materiales que ocasiona una acción como la que le valió la cruz laureada de San Fernando al Sargento Sánchez Vivancos.

Es admirable tanto valor, tanta resignación, tanto sacrificio. Leyendo el relato he recordado las célebres encamisadas de Lodi (Marqués de Pescara); el paso del Escalda (soldados de Mondragón); Ceriñola y Aljubarrota (Gonzalo de Córdoba); Conquista de Méjico (Hernán Cortés); la increíble expedición de catalanes y aragoneses que conquistaron Asia. Es el espíritu de la Raza que una vez más acredita su fortaleza y su vigor.

El libro de Roque Sánchez nos recuerda la vida de campaña, los malos ratos sufridos en aquellas inhospitalarias tierras y el dolor que ocasionara la pérdida de vidas y de material que la campaña de Marruecos ocasionó. Guerra que se hizo impopular por la falta de orientación política, de persistencia en la acción, de seguridad y firmeza en las decisiones y en la elección de objetivos a conseguir.

Las páginas de "El Manco de Tikun" han reverdecido en nosotros aquellos tristes recuerdos de Annual, Igueriben, Monte-Arruit, Zeluá y Nador... y una vez más pensamos—comparando esos sucesos con el largo y penoso asedio que sufriera Tikun—que sin organización—que quiere decir orden, compenetración de los diferentes componentes del grupo, conocimiento de la propia misión, cariño entre el que manda y el que obedece—no puede haber disciplina—puntual y riguroso cumplimiento de todas las obligaciones militares—, ni subordinación—respeto y obediencia al superior—, y sin esos elementos los ejércitos se transforman en manadas de hombres—que más parecen fieras cuando, desmoralizados, obran aisladamente—y constituyen, en vez de seguridad, grave peligro para la sociedad.

Los soldados de Tikun están organizados, compenetrados, obedecen las leyes militares y respetan y quieren a su Jefe, por el que están dispuestos a sacrificarse todos. En esas condiciones pueden resistir tres meses y medio de asedio, de lucha constante, que se dice pronto; pero que, a través del relato escrito en el libro, resulta largo, muy largo por su impresionante.

En Monte-Arruit se reúnen muchos hombres, pero pocos, casi ningún soldado. Son restos de unidades dispersas que no conocen a los jefes que mandan. Tampoco éstos conocen a los soldados. Nadie sabe a qué unidad pertenece ni cuáles son sus obligaciones, su puesto de combate (le interesa) y, como en tales casos ocurre siempre, exacerbado el egoísmo personal, nadie habla de obligaciones sino de derechos, y así, manteniéndose

que en Tikun hay un puñado de hombres que se defienden de grandes núcleos de moros y, resignadamente, sufren hambre, sed, frío, sueño y el jefe soporta todo eso, más la pestilencia que le ocasionan los despojos de la mano destrozada, pero sin hablar para nada de rendición—afrentosa palabra que no mancha los labios de aquella heroica guarnición—, en Monte-Arruit los sitiados—que son muchísimos—no obedecen más imperativo que el agua y el cañón. Cuando llega la primera—conseguida a cambio de muchas vidas—la gente se lanza sobre la cuba y, por la ley del desorden, en vez de apagar la sed devoradora, derraman por el suelo el precioso líquido sin que apenas haya refrescado los sedientos labios de unos cuantos; y cuando la bronca voz del cañón se oye sobre la posición, aquella muchedumbre, despavorida, se amontona sobre los muros, en los sitios que reputa como resguardados de los efectos de los proyectiles, se pisotean los unos a los otros y los más débiles sucumben a la presión de la masa.

Allí son muy pocos los que atienden las indicaciones, las órdenes de los superiores. Los soldados están desmoralizados; ¡terrible situación!, han perdido la fe en el mando y su única esperanza es la huida, la rendición, lo que sea, a cambio de salir de aquel terrible recinto, y toda aquella espantosa confusión viene a determinar una entrega en malas condiciones. La entrega de armamento y municiones en cantidad considerable. La rendición de muchos hombres vestidos de soldado, a unos cuantos rifeños que, siempre desleales y cobardes, ocasionan entre los vencidos aquellos crímenes, para nosotros tan sensibles, de que hemos de culpar a la morisma mientras el recuerdo subsista, y nos acompañará al sepulcro.

Ya lo ha dicho Rocco Morretta (prestigioso escritor italiano) en su "Ay de los vencidos!!" Antes mil veces la muerte que la prisión. La condición de prisionero es la más triste condición a que un hombre puede verse sometido. El hombre de guerra debe guardar siempre un proyectil para poner fin a su vida antes de caer en poder del enemigo. Así requiere la dignidad militar. Así lo indica Sánchez Vivancos a sus soldados cuando les ataca una de aquellas crisis tan justificadas. "Dedíame el fusil cargado con un solo cartucho y podéis marcharos", les dice; pero, como él esperaba, aquellos compañeros de infortunio, que es el que funde nuestras almas, enlaza nuestros corazones y junta nuestros pensamientos al calor de una misma esperanza, junta nuestros pechos al suspiro de un mismo ideal, aquellos compañeros, ante la magnitud del sacrificio de su Jefe querido, ante la serenidad de aquel rostro, ante la nobleza de aquella mirada, que pronto apagará la muerte, aquellos hombres—que más que personas parecen espectros—, lejos de abandonar

la posición, se arrojan a los pies de Sánchez Vivancos y, en silencio reverente, le besan la única mano que le queda al héroe, en señal de agradecimiento, de adhesión sincera hasta la muerte.

En Tikun todavía existe espíritu militar. El caso de Tikun llegó a revestir mayores caracteres de gravedad y alarma—falta absoluta de viveres, enfermedad del Sargento sin medicinas ni agua, aparente olvido de la Patria, soledad desconsoladora—que el caso de Monte-Arruit siempre dentro de la obligada proporcionalidad. A Tikun le salvó la organización, la disciplina, el conocimiento, la compenetración entre todos los defensores. La falta de todas esas condiciones perdió al pequeño ejército que se guarecía tras los muros de Monte-Arruit. En cuanto se traten asuntos militares ténganse en cuenta estas circunstancias, que son de capital importancia.

\* \* \*

Agradezco a don Roque Sánchez—mi distinguido compañero—su valioso presente y le felicito por la idea de escribir ese libro, cuyo propósito encuentro bien logrado. En él, el pueblo de Alhama da una prueba más del cariño que siente por el Ejército—al hablar de sus virtudes, de sus glorias— y del profundo afecto que profesa a su héroe, a nuestro héroe, figura que pasará a la Historia, orlado su nombre, el de su familia, el de su pueblo querido, con aquellos actos en honor del Manco de Tíjola con este libro en honor del héroe alhameño y con los laureles conquistados en aquel solitario pico del macizo de Bini-Gorfet, donde dejó su mano derecha y tantos pedazos de su corazón como soldados sucumbieron en la defensa, pero en el que mantuvo enhiesta la bandera de España que estuvo tremolando sobre aquellos riscos durante tres meses y medio sin que el honor militar sufriera menoscabo. Hombres como Sánchez Vivancos prestigian a los pueblos, ennoblecen a las familias, ensalzan y glorifican a la Patria.

ANTONIO SANCHEZ BRAVO

Capitán de Artillería.

